

Tomás Donato Gallo

TINIEBLAS EN EL NUEVO MUNDO

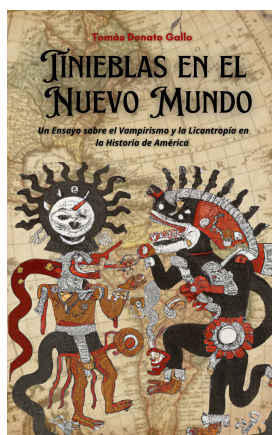
*Un Ensayo sobre el Vampirismo y la Licantropía en
la Historia de América*



TINIEBLAS EN EL NUEVO MUNDO

Un ensayo sobre el Vampirismo y la Licantropía en la Historia de América

Tomás Donato Gallo



Muestra de lectura · © Tomás Donato Gallo / Rooster Books Publishing · Uso promocional

PRESENTACIÓN

Un ensayo sobre vampirismo y licantrópía en la historia cultural de América. Desde las

cosmogonías precolombinas, Camazotz y los nahuales hasta el wendigo, las supersticiones

transatlánticas y las crónicas coloniales, el libro sigue la transformación de imágenes de

sangre, metamorfosis y depredación a través del continente.

Un ensayo sobre el Vampirismo y la Licantrópía en la Historia de América

EN ESTA OBRA ENCONTRARÁ...

- 1 Espejos de la sombra: Preludio a un ensayo sobre el vampirismo y la licantrópía en el desarrollo de las civilizaciones Americanas
- 2 Las sombras que cruzaron el océano
- 3 Los orígenes míticos: Sangre y garras en las cosmogonías precolombinas
- 4 El murciélago sagrado: Camazotz y la sangre en el Popol Vuh
- 5 Nahuales y transformaciones: La licantrópía en el México prehispánico
- 6 Los espíritus devoradores: Wendigos en el norte de América
- 7 Chupacabras andinos: Mitos tauromórficos y felinos en Sudamérica

A continuación comienza una muestra seleccionada del texto original.

MUESTRA DE LECTURA

Espejos de la sombra: Preludio a un ensayo sobre el vampirismo y la licantropía en el desarrollo de las civilizaciones Americanas En el vasto y fragmentario espejo de América, donde los siglos se reflejan como en un cristal roto, las figuras del vampiro y el licántropo no son meras sombras importadas del Viejo Mundo, sino enigmas que emergen de las profundidades del tiempo, tejidos con la misma sustancia que los mitos primigenios y las crónicas dudosas. Este libro, que el lector tiene ahora en sus manos, no pretende ser una crónica definitiva —tal empresa sería tan vana como enumerar las arenas del desierto—, sino una tentativa, una conjetura, un mapa de lo invisible que cruza los Andes, los bosques boreales y las selvas donde aún resuenan ecos de lenguas extintas. ¿Qué es un vampiro sino un reflejo de la sed eterna? ¿Qué es un licántropo sino el hombre que, al mirarse en la bestia, descubre su propio rostro? No procuro aquí la precisión del historiador ni la fría disección del científico, pues tales métodos, aunque admirables, disipan el misterio que late en estas páginas. Prefiero el tono del fabulista o del teólogo medieval, que intuye verdades en las paradojas. Las civilizaciones que poblaron este continente antes de que el alfabeto europeo las nombrara ya conocían, a su modo, esas formas oscuras. En el Popol Vuh, Camazotz, el murciélago de Xibalbá, no bebe sangre por simple capricho, sino como un dios que reclama su tributo en un tenebroso cosmos ordenado por la muerte. En los relatos algonquinos, el wendigo no es un lobo, sino una forma del hambre que devora al hombre desde dentro, un infinito que se consume a sí mismo. Y en los monolitos de la Cultura Chavín, el jaguar de piedra parece susurrar que la transformación no es castigo, sino destino. Cuando las naves de Colón rasgaron el velo del Atlántico, trajeron consigo las supersticiones de Transilvania y de los bosques germánicos, pero éstas no llegaron a un vacío. Se encontraron con un terreno ya habitado por sombras propias, y de ese encuentro nació un sincretismo extraño, una danza de máscaras que este libro intenta desentrañar. Los archivos coloniales, con su prosa rígida, hablan de brujas que bebían sangre y de indios que se volvían tigres bajo la luna; los arqueólogos, con sus picos y cepillos, hallan cuerpos decapitados en tumbas que desafían toda explicación. Y en nuestro tiempo, el chupacabras de Puerto Rico o los cultos narcosatánicos de México nos recuerdan que el mito no muere: se transforma, como el nahual que adopta la piel del jaguar. Este libro, entonces, es un laberinto de veinte estancias, cada una un reflejo de la anterior y un anuncio de la siguiente. No ofrezco respuestas, sino preguntas que se bifurcan: ¿acaso el vampiro es un eco del conquistador que extrajo vida de las tierras ajenas? ¿Es el licántropo un símbolo del hombre americano, dividido entre su pasado salvaje y su presente domesticado? El

lector hallará aquí crónicas, conjeturas, fragmentos de un espejo que nunca será completo. Porque en América, como en los sueños, lo monstruoso no es lo otro, sino lo que siempre hemos sido.

Introducción Las sombras que cruzaron el océano Cuando las aguas del Atlántico se quebraron bajo el peso de las carabelas, no sólo llevaron hombres de armaduras oxidadas y cruces relucientes; en sus bodegas, entre el rumor de las olas y el crujir de las maderas, viajaban sombras más antiguas que los mapas de pergamino: los vampiros de colmillos afilados, los licántropos de garras punzantes, figuras que habían acechado los bosques de Europa mucho antes de que Colón soñara con horizontes dorados. Pero América no era un lienzo vacío ni un silencio esperando ser llenado. Aquí, en las selvas esmeralda de Yucatán, en los páramos helados del norte, en las crestas andinas donde el viento canta con voz de piedra, ya habitaban otras sombras, otras presencias que succionaban vida y rugían en la noche, talladas en mitos que no necesitaban castillos ni lunas llenas para cobrar forma. Este libro no busca trazar una genealogía exacta — tal vez imposible — de esas criaturas, sino tender un puente entre dos oscuridades, un diálogo de espejos donde lo europeo y lo americano se encontraron, se miraron, y se transformaron en algo nuevo, algo que aún palpita en nuestras venas. Pensemos en Camazotz , el murciélago divino que volaba en las tinieblas de Xibalbá , arrancando cabezas en el Popol Vuh , su aliento un eco de la sangre que los mayas ofrecían a dioses hambrientos. O en el nahual , que se vestía de jaguar en las sierras de México, un chamán cuyo rugido era sagrado antes que maldito. Más al norte, el wendigo acechaba entre los pinos, su hambre crujía como un castigo que devoraba al hombre desde dentro, mientras en los Andes, felinos de piedra susurraban de transformaciones que no eran castigo, sino poder. Estas sombras no eran extranjeras en su tierra: eran hijas de un cosmos donde la vida y la muerte danzaban en un abrazo eterno, donde la sangre era moneda y la bestia, un reflejo del alma. Entonces llegaron las naves, y con ellas las leyendas de Drácula, de hombres lobo aullando en las tenebrosas algabas de Transilvania, de brujas que bebían la esencia de los vivos. Los conquistadores las trajeron como equipaje invisible, pero América las acogió con una risa feroz: las mezcló con sus propios mitos, las vistió con plumas y pieles, las bautizó con nombres que olían a copal y a selva. El vampiro se volvió “pishtaco” en los Andes, chupador de grasa en un mundo de las encomiendas ; el licántropo se tornó “lobizón” en las pampas, un séptimo hijo que no temía al ajo, sino al destino. Este libro, entonces, es un viaje por ese cruce de océanos y tinieblas, un mapa de cómo las sombras europeas se perdieron en las Américas, y cómo las Américas las adoptaron, las hicieron suyas, las dejaron danzar en un baile que no termina. No prometo respuestas, sino ventanas: a las cuevas donde Camazotz aún vuela, a las selvas donde el nahual acecha, a las ciudades donde el

chupacabras salta entre encabezados. Las sombras que cruzaron el océano no murieron: se multiplicaron, se transformaron, y en ellas, América sigue contando su historia, una historia de sangre, de garras, de un espejo que no miente.

Tinieblas en el Nuevo Mundo Tinieblas en el Nuevo Mundo Un ensayo sobre el Vampirismo y la Licantrópia en la Historia de América. Copyright © 2025 Tomás Donato Gallo. Diseño de Cubierta: Tomás Donato Gallo by Canva. © 2025 Rooster Books Publishing Napoli NA, Campania, Italia CAP 80136 © 2025 Misterios Paranormales <https://paranormal-mysteries-psi.com/> Todos los derechos reservados. Edición 2025. Print on Demand. ISBN: 9798280165205 Ninguna parte de esta obra, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida, alquilada o revendida de forma total o parcial, mediante ningún método o sistema, sea éste, mecánico o electrónico, digitalizado, fotocopiado, grabado a través de procedimientos ópticos, químicos o por otros medios, sin el consentimiento previo, explícito y por escrito del Autor. A mis Hijos: Tomás Ignacio, Micaela Patrizia, Tomás Lautaro, Catarina Gianella, Tomás Conrado y Antonella Luisanna, que son la razón y el motivo más importante de mi vida...

Capítulo 1 Los orígenes míticos: Sangre y garras en las cosmogonías precolombinas En el vasto lienzo de la América primigenia, antes de que las carabelas rasgaran el horizonte y las cruces alzaran sus sombras sobre las pirámides, ya habitaban las tinieblas figuras que desafiaban la luz del entendimiento humano. Detalle de un fragmento del manuscrito Popol-Vuh, realizado por Fray Francisco Ximénez, de la Iglesia de Santo Tomás Chichicastenango (1702). (Fotografía: Universidad Da Vinci, Guatemala 2019)- No eran vampiros de capa negra ni licántropos aullando bajo la luna llena al estilo europeo, sino emanaciones de una cosmovisión donde lo humano y lo inhumano danzaban en un equilibrio precario, tejido con sangre, plumas y rugidos subterráneos. Aquí, en las selvas esmeralda de Mesoamérica, en los páramos helados del norte y en las alturas andinas, los mitos primigenios susurraban la esencia de seres que bebían vida y se transformaban bajo el manto de la noche. Sexta página del Códice Grolier, en las tinieblas del inframundo de Xibalbá, donde viajaban las almas de los difuntos, su ambiente sumamente tenebroso era la morada de los más horripilantes personajes. En la imagen se representa a un dios degollando a un cautivo con una hoja de obsidiana, allí reinaban el miedo, la muerte, el horror y la miseria. (Fuente: National Geographic.com). Consideremos, por ejemplo, el murmullo ancestral de los mayas, cuya escritura jeroglífica, rescatada de las estelas y los códices, nos lega el eco de Camazotz, el dios murciélago de Xibalbá, el inframundo. No era un simple chupador de sangre, sino una deidad temida, un emisario de la muerte que arrancaba cabezas en las pruebas de los héroes gemelos del Popol Vuh. Los

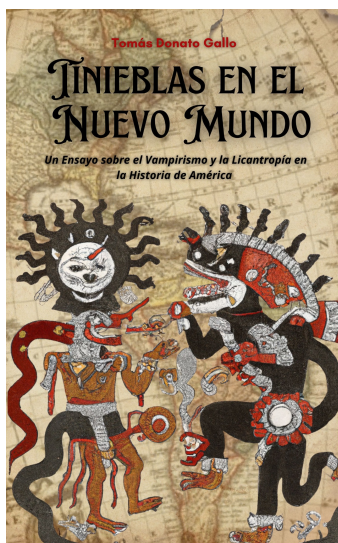
arqueólogos han desenterrado en cuevas de Yucatán y Guatemala altares salpicados de ofrendas: figurillas de barro con alas membranosas, cráneos de animales perforados como si su aliento vital hubiera sido succionado por una fuerza invisible. ¿No es éste, acaso, un vampirismo ritual, una transacción entre lo divino y lo mortal donde la sangre era la moneda de cambio? Camazotz, el dios murciélago de Xibalbá, amo del inframundo y emisario de la muerte entre los Mayas.(Representación artística). Más al norte, entre los algonquinos de los bosques boreales, el wendigo alzaba su figura espectral. Los relatos orales, transmitidos por generaciones y recopilados por antropólogos como Diamond Jenness en el siglo XX, lo describen como un espíritu canibal, un hombre transformado por el hambre en una bestia de ojos hundidos y garras afiladas. No era un lobo, sino algo peor: un reflejo de la deshumanización en los inviernos implacables. Los hallazgos de entierros con cuerpos desmembrados y marcas de dientes humanos, como los documentados en sitios de Ontario, sugieren que el mito pudo haber nacido de realidades extremas, un resonante eco de la licantrópía nacido del instinto de supervivencia en el cual las prácticas antropofágicas eran parte de la cotidianeidad. En los Andes, las culturas preincaicas como Chavín de Huántar dejaron en sus monolitos la huella de felinos antropomórficos, jaguares con colmillos que parecen beber la esencia de sus víctimas. El "Lanzón Monolítico", con sus fauces abiertas y sus garras extendidas, evoca una transformación sobrenatural, un puente entre el chamán y la bestia. Los estudios antropológicos de John Rowe y las crónicas de Pedro Cieza de León tratan de sacerdotes que "hablaban con los animales" y asumían sus formas en trance, una licantrópía ritual que desafía nuestras categorías modernas. Así, antes de que el Viejo Mundo impusiera sus sombras góticas, América ya tenía las suyas propias, talladas en piedra, pintadas en cerámica y cantadas en lenguas, hoy, olvidadas. No eran meras supersticiones, sino espejos de una realidad donde lo humano se diluía en lo salvaje, donde la sangre era sagrada y la transformación, un acto de comunión con lo invisible. Este capítulo apenas rasga la superficie de un abismo que nos invita a mirar más allá de los clichés y a escuchar el latido de un continente que, desde sus orígenes, supo que la oscuridad también tiene rostro. Mapa de los Pueblos Precolombinos Mesoamericanos, En la actualidad: México, Guatemala, Belize, Honduras y El Salvador (Fuente: Open Edition Books).

Capítulo 2 El murciélago sagrado: Camazotz y la sangre en el Popol Vuh En las tinieblas húmedas de Xibalbá, donde las aguas subterráneas murmuran secretos y las sombras se retuercen como lianas, habita Camazotz, el murciélago de colmillos afilados, señor de la decapitación y heraldo de la muerte. No es un vampiro al uso, con su capa de terciopelo y su melancolía centroeuropea, sino una presencia más antigua, tallada en el hueso mismo de la cosmovisión maya, un dios que no seduce,

sino que arranca. Camazotz, el dios murciélago del inframundo, la oscuridad y la destrucción. El Popol Vuh , ese libro sagrado de los quiché , lo nombra con reverencia y temblor: en la Casa de los Murciélagos , uno de los recintos infernales del inframundo, Camazotz acecha a los héroes gemelos, Hunahpú e Ixbalanqué , y con un golpe certero los cercena y les roba la cabeza, como si la vida fuera un trofeo que se exhibe en las oscuras galerías del más allá. Aquí, en esta escena de sangre y desafío, late un eco primordial de lo que más tarde llamaríamos vampirismo , pero despojado de romanticismo, crudo, frío, áspero como la piedra de un altar. El texto del Popol Vuh , rescatado por el fraile Francisco Ximénez en el siglo XVIII y traducido con fervor por estudiosos como Adrián Recinos , nos pinta a Camazotz no como un simple monstruo, sino como un agente del orden cósmico. Los murciélagos, en la mente maya, no eran meros animales: eran puentes entre mundos. Las cuevas, esas bocas de la tierra que abundan en Yucatán y Guatemala , eran portales a Xibalbá , y los murciélagos — con su vuelo silencioso y su dieta de sangre o néctar — encarnaban una dualidad sagrada. Arqueólogos como Ann Cyphers han desenterrado en sitios como Copán y Chichén Itzá figurillas de barro que los representan: alas membranosas desplegadas, colmillos prominentes, a veces con rostros humanos que sugieren una fusión entre lo divino y lo bestial. En la cueva de Naj Tunich , pinturas rupestres muestran a estos seres alados junto a escenas de sacrificio: un noble ofrece su sangre, y un murciélago la recibe, como si el acto de beber fuera un pacto, no un robo. Fragmento de un Grabado del Manuscrito Popol-Vuh que representa a los héroes gemelos Hunahpú e Ixbalanqué. Fotografía: Revista @explore_mx, X (Twitter) 2020. ¿Podemos llamar a esto vampirismo ? No en el sentido estrecho de los castillos transilvanos, pero sí en una acepción más profunda, más telúrica. La sangre, para los mayas, era el fluido de la vida, el cha'ulej , que alimentaba a los dioses y mantenía el giro del universo. Los murciélagos hematófagos, como el Desmodus rotundus que aún surca los cielos mesoamericanos, debieron de impresionar a sus antiguos observadores: criaturas que emergen de la noche, que perforan la piel con precisión quirúrgica, que toman sin pedir. Los estudios etnozoológicos de Alfredo Barrera Vásquez señalan que los mayas conocían bien estas especies, y sus sacerdotes, en trances inducidos por hongos o tabaco, pudieron haber visto en ellas una metáfora de la transacción divina. Camazotz , entonces, no es un vampiro solitario, sino un símbolo colectivo: la muerte que exige sangre para que la vida persista. El Demodus Rotundus o murciélago vampiro común, nativo del Neotrópico, es hematófago, llega a medir hasta 10 cm. y caminar como cuadrúpedo. Las crónicas de los primeros misioneros, como Diego de Landa , aunque teñidas de desprecio, recogen ecos de este culto. Landa describe ofrendas en cuevas donde “hombres alados” eran venerados, y aunque su celo cristiano lo lleva a tacharlos de demonios, nos deja entrever un

... La lectura continúa en la edición completa.

FIN DE LA MUESTRA



TINIEBLAS EN EL NUEVO MUNDO

La lectura continúa en la edición completa.

AMAZON

KINDLE / EPUB

Disponible en Amazon · eBook Kindle/EPUB · Rooster Books Publishing